

SEGUIDOS

Will McIntosh

Zombies, Antología de J.J. Adams, Planeta, Barcelona 2011, pp. 541-552

Las obras de ficción de Will McIntosh ha aparecido en *Strange Horizons*, *Asimov's*, *Postscripts* y *Futurismic*. Su relato «Perfect Violet» fue seleccionado para la antología, *Science Fiction: Best of the Year, 2008 Edition*. En el momento de la edición de la presente antología, McIntosh se encontraba trabajando en su primera novela, *Soft Apocalypse*, basada en el cuento con el mismo nombre publicado en *Interzone*.

McIntosh afirma que los zombies son una manera de enfrentarnos al terror existencial que nos asalta cuando tomamos conciencia de nuestra propia mortalidad. «Creo que la gente adora las obras con muertos vivientes porque exploran ese terror de un modo directo, es decir, los muertos están ahí, delante de nuestras narices, y no son seres que regresan de la muerte con poderes sobrenaturales y vidas excitantes, sino cadáveres -explica-. Y los cadáveres nos acojonan.»

«Seguidos» es el resultado de un debate que McIntosh inició en el transcurso de una clase de sociopsicología que impartía en la universidad al plantear a sus alumnos la siguiente cuestión: Si supierais que por cada cien dólares que donarais salvaríais una vida, ¿cuántas vidas salvaríais? «Les demostré que probablemente podríamos salvar vidas por cien dólares o menos, y aun así no lo hacemos -explica McIntosh-. Y todos tenemos que convivir con ese conocimiento, racionalizarlo de alguna manera o vender el coche.»

Se acercaba por la acera tambaleándose como cualquier otro cadáver; el vaivén de su cuerpo era inconfundible entre los andares fluidos y las zancadas firmes de los vivos. Tenía seis o siete años y rasgos sudasiáticos, quizá indios, y llevaba la ropa harapienta cubierta de barro endurecido. El resto de los peatones la eludían con indiferencia. Apenas pensé en ella. Me imaginé que la persona a la que seguía se habría subido a un coche, dejándola abandonada en la calle, y ella intentaba alcanzarla con esa perseverancia característica de los cadáveres.

Era una tarde de verano. Me había acercado al centro y estaba sentado en la terraza de la cafetería Jittery Joe. Todavía quedaban algunas semanas para el inicio del semestre de otoño, de modo que estaba relajado, sin prisas, no tenía que ir a ningún lado.

Regresé al manuscrito que estaba leyendo y no volví a pensar en el cadáver hasta que advertí que había entrado en mi radio de visión periférica. Se había detenido justo delante de mi mesa. Levanté la mirada hacia la niña, me volví atrás un instante y volvía a mirarla. Entonces me di cuenta. El cadáver estaba mirándome a mí con una mirada perdida en sus apagados ojos castaños, como si estuviera reclamándome. Pero no podía ser. Esperé a que reanudara la marcha. No lo hizo. Alcé la taza de café, la dejé suspendida en el aire a mitad de camino de la boca y la deposité de nuevo en la mesa, con la mano temblorosa.

La mujer que ocupaba la mesa contigua a la mía, con un vestido verde de hilo y reposando los pies sobre una silla vacía, me miró por encima de su periódico con un desdén nada disimulado hasta que nuestras miradas se encontraron y devolvió la atención al diario.

Me levanté titubeando, la silla metálica rechinó al arañar el pavimento, y el café, que había dejado casi intacto, salpicó la mesa. Me alejé a pie por la acera.

Me escondí en el anonimato de mi coche aparcado y maté el tiempo en el interior del vehículo, vigilando por el espejo retrovisor interior los movimientos del cadáver, que caminaba hacia mí dando bandazos. Quizá se trataba de un error, de un malentendido... quizá la niña pasaría de largo y seguiría caminando. Mi Volvo Creen era un automóvil que funcionaba con bioetanol, ¡maldita sea!, era el coche menos contaminante que podía permitirme, y para nada era un chupagasolina de esos que conducían la mayoría de los imanes de cadáveres. ¿Cómo era posible que se me hubiera enganchado un muerto? Subí la ventanilla y esperé a ver si me adelantaba y dejaba atrás mi coche.

Oía cada vez más cerca sus piecitos arrastrándose por el pavimento, hasta que finalmente se detuvo a un metro escaso de mi puerta, se volvió y me miró. Tenía la cara redonda de un bebé, y su barbilla era un minúsculo nudo debajo de la boca abierta y flácida. Era tan pequeña...

Puse el coche en marcha y aceleré, y a punto estuve de golpear otro vehículo. Mientras me alejaba no aparté la vista del cadáver reflejado en el retrovisor lateral, que avanzaba dando tumbos por la acera, cumpliendo pacientemente las indicaciones de cualquiera que fuera el rastreador que utilizaran los muertos para localizar a aquellos a quienes reclamaban.

Cada varios minutos apartaba la cortina para ver si venía. Finalmente apareció, caminando con la cabeza gacha por un lado de la carretera. Giró para tomar la entrada a mi garaje. Se golpeó los dedos del pie contra el leve desnivel de asfalto y se tambaleó, aunque recuperó su frágil equilibrio. Subió trabajosamente con el cuerpo rígido los tres escalones que conducían a la puerta de mi casa y se detuvo. Yo solté la cortina, me levanté y eché el cerrojo a la puerta.

Llamé por teléfono a Jenna.

-Me sigue un cadáver -le dije en cuanto descolgó.

-¡Madre mía, Peter! -exclamó Jenna. Hubo un silencio prolongado-. ¿Estás seguro?

-¡Por Dios! -respondí con un gemido-. La tengo delante de la jodida puerta de casa. Estoy más que seguro de que es mío.

-No lo entiendo. Tú no mereces que te siga un cadáver.

-Lo sé. Dios santo, no puede ser cierto. Simplemente no puede ser cierto.

Jenna me consoló apelando a las evidencias y recitándome todas las cualidades que me distinguían de otros propietarios de cadáveres. Luego cambió de tema, pero yo no estaba de humor para hablar de intrigas universitarias ni para nimiedades del tipo «¿qué tal tu día?», así que quedamos para cenar y colgué.

Encendí el televisor para distraerme. Repasé el mercado de valores. El Dow Jones estaba casi al tres por ciento y el NASDAQ al dos. Cambié al canal de noticias. La presidenta estaba ofreciendo una conferencia de prensa en un campo de molinos de viento recién levantados en la que exponía los motivos de su decisión de no suscribir los acuerdos del III Protocolo de Kyoto.

-Estamos haciendo todo lo posible para frenar el calentamiento global -afirmaba ante las cámaras-, pero no cederemos a las presiones extranjeras. El estilo de vida norteamericano es innegociable y «bla, bla, bla...».

Aun con las cámaras de televisión enfocándola desde los mejores ángulos, podía verse varios centenares de sus cadáveres detrás de la falange de agentes del servicio secreto embutidos en trajes azules que la acordonaban. El cadáver de un niño negro de unos cuatro o cinco años, escuálido y con la barriga hinchada como si se hubiera escondido una pelota bajo la piel se coló por un hueco y enfiló hacia la presidenta, pero un agente tiró de él y lo devolvió a la muchedumbre, con delicadeza, eso sí, pues la Administración no tenía ningún deseo de conceder más munición a Amnistía Internacional.

Traté de encontrar consuelo en los cadáveres de la presidenta. Ella tenía ocho o nueve mil, apilados en filas de veinte cuerpos flanqueando las entradas a la Casa Blanca, y diariamente llegaban más. Yo sólo tenía uno.

Estuve pasando de un canal a otro. Extrañamente, los programas de televisión ofrecían un mundo sin cadáveres. No se veía un solo muerto en las telecomedias, ni en las series policíacas, ni en los programas interactivos; toda esa gente que paseaba por las calles, que trabajaba, que despotricaba con sus amigos... y a ninguno le seguía un cadáver. ¿De verdad había habido una época sin cadáveres? Ya no era capaz de imaginarlo.

Aparté de nuevo la cortina y miré a la niña. Permanecía inmóvil frente a mi puerta. No pude controlarme; me preguntaba si su aspecto me daría alguna pista de quién era o de cómo había muerto, si obtendría alguna prueba de que la junta de supervisores cósmicos que me la había enviado había cometido un error, así que fui hasta la puerta y abrí. Ella entró, dejando un rastro de suciedad en el suelo de madera noble según avanzaba con los pies descalzos.

-Mira a tu alrededor -le dije, trazando un semicírculo en el aire con la mano abierta-. No soy tan rico. -La guié en un recorrido por mi casa-. Energías solar, bombillas de bajo consumo -le expliqué.

Le señalé que todos mis muebles eran de segunda mano. Ella no miraba. No apartaba la mirada de mí.

-Siempre que puedo compro alimentos cultivados y criados aquí. Voté por el partido Un Solo Mundo. -Nada. Examiné la sala en busca de más pruebas-. ¿Qué he hecho? -pregunté a su vacío rostro-

¡Dime lo que he hecho!

Había sido una niña mona. Me la imaginé riendo, corriendo, jugando a la rayuela en la acera como hacía mi hermana. Me la imaginé bebiendo agua turbia de un roñoso vaso de hojalata, echada en la cama, muriendo de tifus o disentería. Quizá su familia no había podido pagar una cama de hospital... quizá había muerto en un catre de paja tendido en el suelo, en el rincón de una mugrienta chabola. Dejé que creciera en mi interior una ira bien conocida, provocada por la indignación ante aquellas injusticias.

Ella continuaba totalmente muda. Inmóvil. Sin respirar. «Se va a pasar conmigo el resto de mi vida - pensé-. ¿Cómo voy a aguantarlo?»

Me senté en el sillón reclinable del salón. Ella se quedó de pie delante de mí, a un metro de distancia. Tenía las piernas flacas y los huesos de las rodillas prominentes. Sus pies estaban muy morenos. Las hojas y las ramitas se repartían por su cabellera. Llevaba unos pantalones cortos rojos, cubiertos de barro reseco y que tenían un único bolsillo en la parte delantera. Alargué el brazo y me estremecí con el contacto de su cuerpo rígido y frío. Rebusqué en su bolsillo. Había algo... lo agarré con dos dedos y lo saqué. Era un botón, un botón nuevo y resplandeciente. Era de color gris plomo atravesado por sinuosas vetas azul verdoso. Le di la vuelta. Era bonito y suave, sin marcas... el tipo de objeto que podría llevar encima una niña si no tuviera una Barbie con la que jugar.

La agarre de la muñeca y le levanté la mano, la giré para que la palma quedara hacia arriba y deposité en ella el botón, se la cerré y la bajé de nuevo suavemente. El botón se estrelló contra el suelo de madera noble.

-¿Está aquí? -preguntó Jenna.

Yo asentí. El cadáver aguardaba junto a la entrada del restaurante, mirándome fijamente desde el otro lado del cristal. Debería haber elegido un restaurante más alejado de mi casa. De ese modo hubiera tenido tiempo para comer antes de que ella llegara.

-Simplemente ignórala -me susurró Jenna.

Una pareja de ancianos abrió la puerta para abandonar el local y mi cadáver se introdujo en el restaurante de manera tan desapercibida como ignorada; no como un perro perdido, más bien como un trozo de madera o una ráfaga de viento otoñal. Se acercó y se detuvo frente a mí, taladrándome con la mirada y con un bonito botón en el bolsillo. Jenna siguió comiendo como si nada hubiera cambiado, aunque examinaba mi cadáver por el rabillo del ojo. Levanté el tenedor con medio espárrago con mantequilla y me lo llevé a la boca. Mastiqué y tragué, y sentí cómo se me quedaba atascado en la garganta.

Mi cadáver no era el único del restaurante. De hecho había unos diez. Dos junto a la barra, con los ojos ocultos bajo las sombras que proyectaba la débil luz de las lámparas de colores. Sus roñosos harapos quedaban fuera de lugar entre los pantalones planchados, las camisetas blancas, la madera lustrosa y el cromo bruñido. Una pareja atractiva y bien vestida de treinta y tantos tenía tres cadáveres revoloteando alrededor de la mesa, como si fueran sus camareros exclusivos. Uno de ellos era un hombre mayor y encorvado de rasgos asiáticos; otro, una muchacha negra de doce años; y el tercero, una niña de cinco años que perfectamente podría haber sido la hermana perdida mucho tiempo atrás de mi propio cadáver. ¡Dios mío! Debían ser unos auténticos derrochadores si habían acumulado tantos cadáveres.

La puerta volvió a abrirse y otra pareja salió del establecimiento. El cadáver de un bebé entró gateando y a punto estuvo de pillarse el pie con la puerta cuando ésta se cerró. Era una niña e iba desnuda. Su modo de arrastrarse dando saltitos me recordó al de una tortuga. Avanzó afanosamente por el suelo, balbuceando, se detuvo delante de la pareja tan prodigiosamente atendida, se dejó caer sobre el culo y levantó la mirada hacia la mujer, que siguió comiendo su paella, una de las especialidades del restaurante. Su acompañante dijo algo y ella rompió a reír, tapándose la boca.

Por el rabillo del ojo me pareció ver que mi cadáver echaba un vistazo a mi plato. Me volví con brusquedad y le clavé la mirada. Sus ojos vidriosos estaban fijos en mi cara.

-¿Qué pasa? -preguntó Jenna-. No la mires -dijo entre dientes, como reprendiéndome porque me hubiera hurgado la nariz con el dedo-. ¿Qué? ¿Qué ocurre?

-Juraría que me ha mirado el plato.

-¿Quieres que compartamos un postre?

Me pregunté si aquella fugaz mirada furtiva habría sido producto de mi imaginación. Probablemente sí.

-Adelante. Pídelo si te apetece. Yo estoy lleno. -Dejó el tenedor en la mesa. Apenas había tocado mi salmón a la plancha.

Cuando llegue a casa me senté a la mesa de la cocina y firmé un cheque por valor de tres mil dólares a favor de la Fundación contra el Hambre del Mundo. Mi aportación habitual era de unos cincuenta dólares, así que me dolía desprenderme de aquella cantidad, pero podía permitírmelo. Levanté la cabeza y me sobresalté al descubrir que un rostro me miraba fijamente a través de la ventana de la cocina. Era el rostro de la niña. Hasta entonces siempre había permanecido delante de la puerta principal sin cristales. Era evidente que tenían la capacidad de aprender. Tenía los ojos clavados en mí. No pestañeaba. Nunca pestañeaba... supongo que de lo contrario me habría dado cuenta, pero no había pensado en ello hasta ese momento.

Mientras metía el cheque en un sobre, lo sostuve de manera que mi cadáver pudiera verlo. Me pregunté si la niña seguiría allí, si sería consciente de dónde estaba y de lo que ocurría, o si por el contrario sería una simple carcasa vacía.

Hice pedazos el cheque y rellené otro, esta vez de diez mil dólares. Esa cantidad me dejaba en una situación apurada. Fui dando un paseo hasta el buzón. La noche era hermosa, con la luna llena, y el sonido de los grillos y las cigarras era ensordecedor. Dos casas más adelante, y tras cruzar una calle, me encontré con el cadáver de un hombre negro, alto y esquelético, sentado en cuclillas, escudriñando con un ojo cerrado a través de la rendija iluminada de una persiana bajada. Mi cadáver flanqueó mi casa, abriéndose paso a través del césped y los hierbajos, que le llegaban por la cintura -otra prueba de mi sensibilidad ecológica, por tanto, otro motivo para afirmar que aquel cadáver obedecía a un error-, y me alcanzó cuando yo ya regresaba. Me siguió hasta la puerta principal y se la cerré en las narices.

A la mañana siguiente me levanté temprano tras pasar la noche prácticamente en vela. Subí la persiana y allí estaba aquella cara redonda. Tenía la altura justa para que su nariz descollara por el marco inferior de la ventana.

-Mierda.

Estrellé la frente contra la moldura de la ventana y reprimí un gemido. Estaba convencido que me habría librado de ella con el dinero.

-¡Aléjate de mí de una maldita vez! -grité a través del cristal cerrado, y volví a bajar la persiana con rabia.

Mientras me duchaba imaginé mi cadáver esperando pacientemente frente a la ventana. ¿Por qué no podía haber sido un hombre... un viejo sin dientes?

El semestre de otoño estaba al caer y en cinco días tendría mi primera clase. Era incapaz de imaginarme impartiendo clases con un cadáver mirándome fijamente.

Ningún estudiante tenía cadáveres, así que el mío era el único en mi clase de las diez. Educadamente, los alumnos evitaban mirarlo, a pesar de que se había situado a un metro escaso delante de mí, estirando la cabeza para poder verme la cara mientras repasaba el programa de la asignatura.

Las manos me temblaban por el agotamiento y el nerviosismo. La noche anterior me había dejado destrozado. Había tomado cuatro o cinco copas para aplacar la ansiedad y me había llevado una eternidad decidir la ropa que me pondría. Me había debatido entre un atuendo informal -una camiseta y unos vaqueros- para demostrar que era un tipo normal que vivía con sencillez y no merecía un cadáver, aunque, ¿no descubrirían los alumnos mi juego y pensarían que era un pretencioso? Finalmente había sacado unos vaqueros negros y la camisa blanca, la misma que llevaba puesta el día que se me apareció el cadáver. Elegante pero informal. Mi uniforme habitual.

Las cosas empeoraron cuando entré en materia. Tengo la costumbre de caminar hacia delante y hacia atrás mientras hablo, y la niña me imitó, dando dos pasitos titubeantes por cada uno de mis pasos. El chirrido que producían sus piecitos contra el suelo de linóleo me daba dentera. Esos pies

descalzos arañando el suelo sucio me sacaba de mis casillas, de la misma manera que otras personas no soportan las uñas rascando una pizarra o el tacto de las bolas de algodón. Dejé de caminar.

Perdía continuamente el hilo de mis pensamientos y se me trababa la lengua. Estable contacto visual con una de mis nuevas estudiantes, que rápidamente apartó la mirada y fingió que tomaba apuntes a pesar de que yo no había dicho nada importante. Apenas decía nada coherente, así que mucho menos algo importante.

Sin darme cuenta me encontré mirando directamente a mi cadáver, como si estuviera dándole la clase a él, y ella no apartaba la mirada de mí. Me obligué a apartar la mirada y a dirigirla a la pared blanca que había en el fondo del aula. Reparé en que yo volvía a caminar, y la niña conmigo. Un chirrido, otro chirrido, y otro. Andaba como... ¿cómo qué? Como una niña muerta.

Di por terminada la clase antes de tiempo y enfilé hacia mi despacho, agobiado... agotado, con resaca, preguntándome cómo saldría airoso de la clase de la una. Ella ponía todo su empeño en seguirme. Podía oír los chirridos de sus pies arrastrándose por el suelo detrás de mí.

Sentí que la ira se apoderaba de mí y giré sobre mis talones, la apunté con un dedo y abrí la boca para hablar. Sus ojos parpadearon y por un instante se posaron en mi pecho antes de alzarse de nuevo. Esta vez lo había visto, no había duda. Había bajado los ojos y casi -no absolutamente, sino casi- había mirado algo con interés.

-¡Lo he visto! -le espeté clavándole un dedo. Estaba en el vestíbulo que precedía mi despacho, cara a cara con un cadáver. Jack asomó la calva desde su despacho, entendió la situación y volvió a meter la cabeza.

Abochornado, me di media vuelta, entré en mi despacho y dejé la puerta entornada para que pudiera seguirme al interior. La miré fijamente.

-¡Dime qué he hecho! -grité, inclinándome para acercar mi rostro al suyo-. ¡Soy una buena persona! ¡No me merezco esto!

Quería que centrara su atención en mí, que me mirara, que escuchara lo que estaba diciéndole. Me fijé en el pegote de color gris rosado que le colgaba de la nuca. Debajo de aquello sólo había oscuridad.

Agarré la estatua en ónice del Buda que tenía sobre el escritorio y se la arrojé a la cabeza. La figura se estrelló contra una librería, hizo añicos una fotografía enmarcada del estadio de los Yankees y desparramó media docena de libros de texto.

-¡Por Dios! ¿Estás bien? -gritó Jack.

Levanté el monitor de mi ordenador por encima de la cabeza y lo tiré contra el suelo, a los pies del cadáver. El aparato saltó en pedazos y echó chispas. De repente tenía a Jack encima de mí. No lo había visto venir, pero me tenía agarrado por la espalda y me rodeaba el pecho con los brazos.

-¡Cálmate! ¡Cálmate! -gritó.

Yo forcejeé, tratando de zafarme de él. No estoy seguro de lo que hubiera hecho si me hubiese soltado. Sinceramente, espero que no se me hubiera ocurrido estampar el ordenador en la cabeza del cadáver. Hice un último y violento intento por soltarme y mi camisa se desgarró ruidosamente.

-Chsss, chsss -me susurró Jack al oído-. Está bien, no pasa nada, chss.

Rompí a llorar. Jack me retuvo hasta que notó que mis músculos se relajaban, entonces aflojó los brazos alrededor de mí unos instantes y finalmente me soltó.

Jack y yo no nos conocíamos demasiado. Eso aumentaba la sensación de surrealismo que me embargaba mientras sollozaba en mi despacho. A través de la neblina de los ojos empañados atisé un botón que yacía en el suelo, junto a los pies de mi cadáver. Aún aturdido, me arrodillé y lo recogí. Era su botón... el gris con las vetas azul verdoso. Era inconfundible. ¿Cómo había salido de su bolsillo?

-Creo que la camisa está para la basura -dijo tímidamente Jack a mi espalda.

Me miré la camisa. Tenía un desgarrón enorme que recorría la costura inferior de una de las mangas, y tenía abierta la parte delantera, de donde habían saltado tres o cuatro botones.

Supongo que nunca te fijas en los botones de las camisas, ni aunque te las abotones mil veces. Los de la mía eran de un color gris acero con vetas azul verdoso. Bastante originales, aunque no eran tan brillantes ni flamantes como el botón de mi cadáver porque ya había metido varias veces la camisa en la secadora.

Levanté suavemente la mano de la niña y la giré. Recorrí con un dedo la diminuta palma de su mano y las almohadillas de sus minúsculos dedos. Su piel era áspera, alejada de la suavidad de los dedos de los niños que pasan la mayor parte del tiempo jugando a la rayuela.

-¿Está todo el mundo bien? -preguntó Maggie desde la puerta del fondo del vestíbulo. Detrás de ella asomaban otros dos colegas con el cuello estirado, tratando de enterarse de lo que ocurría. Apenas se producían acontecimientos en nuestro departamento; quizá algún estudiante furioso de vez en cuando, pero nunca se habían visto cristales rotos o la explosión de un monitor.

-Estamos todos bien -respondió Jack. Me di cuenta de que era un buen tipo.

Yo todavía estaba arrodillado, mirando detenidamente el botón con los ojos rojos y llenos de lágrimas. El corrillo se dispersó, seguido por dos cadáveres.

Jack se sentó en cuclillas y me pasó un brazo por el hombro.

-¿Estás mejor?

Asentí.

-No te diré que comprendo cómo te sientes, pero debe ser horrible.

Volví a asentir.

-Si alguna vez te apetece hablar, llama a mi puerta.

Asentí por tercera vez. Me dio una palmada en la espalda y se marchó.

Ya casi era la hora de mi clase de la una. En el cajón inferior del escritorio guardaba un jersey para los días que el aire acondicionado estaba demasiado alto. Me lo puse sobre los jirones de la camisa y cuando saqué la cabeza por el cuello de la prenda me pareció ver que mi cadáver echaba un vistazo al botón que tenía junto a los pies.

Me encorvé para recoger el botón y se lo guardé en el bolsillo junto al otro más brillante.

Doblé una esquina para ir al baño y cuando la puerta se cerraba en las narices de mi cadáver la aguanté abierta para que pudiera entrar. Me lavé la cara y me peiné. Sus ojos atentos se reflejaban en el espejo.

Agarre un par de toallas de papel del dispensador y las humedecí debajo del grifo. Me arrodillé y le limpié buena parte del barro que le cubría los mofletes y la frente. Intenté peinarla para quitarle algo de la porquería que llevaba enredada, pero su cabellera estaba enmarañada de una manera desesperante, así que me guardé el peine en el bolsillo de atrás y, con la mano, le quité las hojas y las ramitas más grandes. Me miré el reloj. Ya era la hora de la clase.

Agarré de mi oficina un puñado de programas de la asignatura y la lista de la clase, enfilé hacia el espacioso vestíbulo central y subí el doble tramo de escaleras agarrado al pasamanos plateado. A mitad de camino me volví. La niña ponía todo su empeño en ascender el segundo peldaño, pero sus piernas eran demasiado pequeñas y rígidas para que pudiera hacerlo fácilmente. Regresé abajo, pasé los brazos alrededor de mi cadáver y cargué con él escaleras arriba.